

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Salvada por el amor

POR JOSÉ LUIS DE JUAN

● *Chica conoce chico* es una divertida y emocionante actualización del mito de Ifis que aparece en las *Metamorfosis* de Ovidio. Con un inicio brillante y un suelto desarrollo a dos voces, las de las hermanas Gunn, Ali Smith (Inverness, 1964) despliega en esta novela breve las dotes que caracterizan su escritura: desde la ligereza coloquial y la vena lírica hasta la intertextualidad, del humor a la trascendencia de las ideas que pone en juego. El resultado es una obra ágil hecha a base de capas y matices de variada procedencia que remite al año en el que fue escrita, 2007, sin que por ello se resienta, pues uno de sus cimientos es, por supuesto, el cambio, la transformación. Imogen y Anthea viven en la casa de sus abuelos, en la que aún resuenan las estrafalarias historias del abuelo, que solía referirse a los tiempos en los que fue "chica". Con ellas intentaba mostrar a sus nietas "esa clase de esperanza que transforma las cosas en historia". Imogen ha conseguido un empleo para su hermana menor en la flamante empresa Pure. Y Anthea la defrauda con su temperamento libre y despreocupado, y encima se prenda de un atractivo ser andrógino ("tan masculina que parecía femenina, tan femenina que parecía masculina") que escribe enormes letreros libertarios en los lugares más visibles de su ciudad, aquella en la que Smith nació y que con su río Ness viene a ser un personaje importante en la novela, como el Dublín y el



Liffey de Joyce. Mientras Anthea se entrega al amor incondicional, Imogen, avergonzada de lo que considera una terrible desviación, es catapultada al éxito por sus ideas para el negocio de Pure. Viaja a Londres por primera vez en su vida para recibir instrucciones del jefe supremo y allí encuentra la repulsiva cara del poder. La capital la fascina, pero regresa esa misma noche a la íntima pureza de las Tierras Altas. Ovidio escribió el único relato optimista de su obra con la suerte de Ifis, salvada, transformada por el amor. Y aquí Ali Smith hace lo propio: la semilla plantada por el abuelo germina en ambas hermanas y esa "esperanza" que construye todo relato comparece hasta hacer que sea como "un cuchillo que atravesaba el mito".

Chica conoce chico

Ali Smith
Traducción de Magdalena Palmer
Nórdica, 2022. 165 páginas. 19,50 euros



La gitana dormida (1897), de Henri Rousseau. MOMA

ENSAYO

La verdad del sueño

El psiquiatra Javier García Campayo revisa las técnicas que permiten controlar los contenidos del sueño y orientar su desenlace desde las perspectivas científica y chamánica

POR JUAN ARNAU

Los sueños son como las estrellas, cuando los observamos vemos un mundo antiguo. El sueño tiene su verdad y es una calamidad que se lo considere irreal. La dicotomía sueño-realidad es falsa. El sueño es una realidad psíquica fundamental de la vida humana. Pasamos buena parte de nuestra vida soñando, aunque no lo advirtamos. Los sueños nos constituyen (como también las estrellas, donde se gestó nuestra materia orgánica). Sólo recientemente se ha restituido al sueño la dignidad que merece. El psiquiatra García Campayo es una mente abierta, una buena muestra de la mejor ciencia independiente. La disciplina médica, como saben los que la practican o se relacionan con ella, no admite heterodoxias. Las grandes farmacéuticas financian no sólo los estudios clínicos, también las propias revistas científicas e incluso instituciones como la OMS.

El sueño lúcido, saberse soñando, consiste en ser capaz de mantener la voluntad y la atención dentro del sueño. En cierto sentido, es un estado alterado de conciencia, como las experiencias extáticas o psicodélicas. El soñador lúcido puede controlar los contenidos del sueño y orientar su desenlace. El sujeto, cuando sueña, es a la vez el teatro, los actores y el auditorio. El libro recoge la investigación reciente sobre el sueño lúcido. Y lo hace de un modo bimodal, californiano. Desde dos perspectivas diferentes, la científica y la chamánica. Mediante la descripción cuantitativa, el sueño monitorizado en el laboratorio, y la descripción cualitativa de tradiciones expertas en la contemplación del sueño, como la budista y la yaqui, que guardan extraordinarios parecidos. Cuando el brujo mexicano habla del "camino del guerrero" o de cómo desplazar el "punto de encaje", para percibir los filamentos energéticos y luminosos

de lo vivo, está hablando de lo que habla el budista tibetano cuando se refiere al "cuerpo sutil" o "cuerpo astral" (de nuevo la conexión entre el sueño y las estrellas). Y mientras que la descripción del laboratorio le resulta a este lector tediosa y enrevesada, la chamánica le parece divertida y coherente. Quizá se deba a una premisa (o prejuicio, si ustedes quieren) inoculada durante su formación filosófica: el laboratorio entra en la mente como elefante en cacharrería.

Pero el libro recorre también interesantes estudios. Un buen sueño revitaliza y restaura el cuerpo, mejora el estado de ánimo y suscita la creatividad. El sueño cura, ya lo dijo Esculapio, padre de la medicina; regula las hormonas y protege contra la enfermedad. El sueño REM, que es donde se alojan las narraciones, disminuye con la edad. El mejor momento para el sueño lúcido es la siesta. La ayahuasca, el LSD o la psilocibina pueden propiciarlos. Para ello es necesario primero recordar los sueños. Se aconseja ponerlos por escrito y tener un diario de sueños en la mesilla. El 90% de los sueños se olvidan a los 10 minutos. El siguiente paso será hacer un inventario de los propios motivos oníricos, de su recurrencia y extravagancia.

El sueño lúcido produce una sensación de poder y libertad. Tras repasar las diferentes técnicas que inducen el sueño lúcido, García Campayo concluye el libro de modo saludable. Deja abierta la cuestión de la utilidad del sueño lúcido. Si conviene fomentarlo o abandonarse a Morfeo y dejar que los sueños sean simplemente sueños. Ningún marinero puede controlar el mar en el que navega, aunque sea legítima la aspiración a orientarse en él.

Sueños lúcidos

Javier García Campayo
Kairós, 2022
416 páginas. 19,23 euros

EPISTOLARIO

Dos creadores, el arte sin razas

POR LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

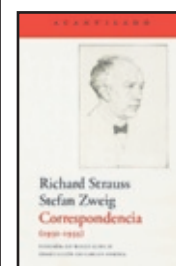
● Las cartas que recoge este volumen, cruzadas entre el escritor austriaco Stefan Zweig y el compositor bávaro Richard Strauss, testimonian la fructífera cooperación artística que los unió durante cuatro años, hasta que los nazis alcanzaron el poder en Alemania. En 1931 Strauss se quedó sin su libretista de confianza: Hugo von Hofmannsthal, autor del texto de óperas tan famosas como *Electra*, *El caballero de la rosa* o *La mujer sin sombra*, y decidió probar con Zweig.

El autor de *Amok*, que era un gran amante de la música además de buen dramaturgo, le ofreció a Strauss un texto perfecto para una ópera bufa: *La mujer silenciosa*. Era la adaptación *sui generis* de una obra cómica del poeta inglés del Renacimiento Ben Jonson: *Epicene or The Silent Woman*. Años atrás, Zweig había cosechado un gran éxito teatral con su adaptación de otra comedia de Jonson: *Volpone*. Strauss quedó fascinado por el libreto y, de inmediato, empezó a componer la música que lo transformaría en una ópera graciosa, equiparable a *El barbero de Sevilla*.

La mayoría de las cartas son comunicaciones sobre el avance del proceso creador de la gran partitura. Strauss le anunciaba a Zweig en tono triunfante los felices hallazgos musicales, y en 1933 terminó la ópera. Mientras, ambos artistas se proponían nuevos temas para una colaboración futura que suponían larga. Zweig le daba ideas que el compositor acogía receptivo o desechaba con decisión.

Las ilusiones de ambos se mantuvieron hasta que Hitler y el Partido Nacionalsocialista Alemán acapararon el poder. Strauss, al igual que Zweig, no era hombre político, sino un artista que quería abrir paso a su arte. Las altas instancias del partido apreciaban su celebridad y lo nombraron presidente de la Cámara de Música del Reich; Strauss aceptó el cargo "para evitar problemas mayores", confiando en que tendría libertad de decisión. Entretanto, se dictaron las leyes antisemitas que condenaban a los judíos al ostracismo en todos los ámbitos, artísticos y sociales.

Enseguida surgió el conflicto. Strauss se negó a ocultar que Zweig era el libretista de su nueva ópera e insistió en dar publicidad al nombre del célebre judío como autor del texto. Es más, insistió en seguir colaborando con él. Una y otra vez le escribía que sin su ayuda estaría acabado como



artista. Zweig se mostraba más frío, sabía que los nazis no iban a tolerar semejante maridaje, sabía además que esa colaboración perjudicaría a su admirado amigo. Pero Strauss estaba fuera de la realidad. Entusiasmado con Zweig, planeaba una ópera basada en *La Celestina* y otra más — *Semiramis* — sobre textos de Calderón, y Zweig tenía que arreglarle los libreto. Pero éste era ya un apestado para el

régimen nazi: habían quemado sus libros delante de las universidades junto con los de Freud, tachándolos de "basura judía". Nada bueno saldría de ahí.

El escritor le propuso a Strauss mantener la cooperación de manera anónima y le aconsejó otros libretistas, pero el compositor necesitaba "un nuevo Shakespeare" y ése sólo podía ser Zweig. ¿Cómo terminó aquel duelo de genios? Una carta de Strauss a Zweig, interceptada por la Gestapo, dio al traste con la colaboración. Strauss le escribía que el arte no entiende de "razas". Y acabó menospreciado, destituido de su puesto por el régimen criminal, y Zweig tuvo que exiliarse lejos de Europa. Strauss fue valiente y Zweig prudente, ambos creadores asumieron su destino; tal vez les consolara tibiamente la idea de que el arte es para siempre, mientras que los políticos, por nefastos que sean, pasan. *La mujer silenciosa*, con música de Strauss y texto de Zweig, quedó para la eternidad.

Correspondencia (1931-1935)

Richard Strauss y Stefan Zweig
Traducción de Carlos Fortea
Acantilado, 2022. 160 páginas. 16 euros